

la destrucción del jardín bordado de flores



el jardín
bordado de flores

“...el jardín se identifica tradicionalmente con un espacio de preservación, cuando no de protección frente al mundo exterior, ámbito donde la naturaleza aparece sometida, seleccionada, ordenada, cercada. Como imagen y representación del mundo, el jardín contrasta con el caos..., en ensalzamiento del reino vegetal domesticado en desmedro del salvaje, escenario que brinda seguridad por lo conocido”.

Fernando Aínsa en “El espacio preservado del jardín”

*“... tu campo de flores bordado
es la copia feliz del Edén”.*

Extracto himno nacional de Chile





Sobre el fondo de la Casa de Moneda bombardeada un día antes, la cámara, apenas desenfocada, se descentra en la imagen de dos mujeres con una niña de dos años –o quizás un niño si no fuera por el chaleco rosado– Ninguna de ellas, en ese momento, mira hacia el lente, como si el fotógrafo, invisible, anunciara desde ya su ausencia. Las mujeres miran a la niña y la niña mira a la mujer más vieja, la que lleva una abrigo a cuadrillé, y que la sostiene suavemente de la mano, con un ligero impulso hacia adelante (la mirada de la niña podría, en otro caso, proyectarse hasta una de las ventanas quemadas del edificio). La mujer más joven parece sonreírle a la pequeña (casi adivino un rastro de

ternura, o será mi imaginación). Lleva el abrigo y una carterita colgando del brazo y unos pantalones anchos en la base, moda en los años setenta. Atrás, una multitud breve observa, con algo parecido a la distracción, al paseo del turista atolondrado o al visitante del zoológico, la casa de gobierno destruida. Tres columnas de la entrada están heridas con sus ladrillos, su carne, a la vista y las ventanas como las cuencas vacías de los ojos de un cadáver, permiten ver que cielo raso y techo han sido derribados. En ese edificio, el día anterior a la toma fotográfica, Salvador Allende fue asesinado en nombre de la salvación de una pretendida, extraña digo yo ahora, patria. Al observar la fotografía y tratar de recon-

truir las imágenes e impresiones de una experiencia sin duda vivida, quisiera saber si esa niña está preguntando qué le ha pasado al edificio, por qué está así quemado y destruido, qué están haciendo allí, y si las mujeres, con esa tranquilidad del flâneur en una callecita de París que aparentan en la foto, le pueden responder. El recuerdo de esta imagen, así como de la serie a la que pertenecía, me punzó como agujas de escarcha quizás desde la primera vez que la vi, diminuta entre las cajas de diapositivas y fotos que quedaron como la única herencia perdurable de mi papá. Mi madre encontraba consuelo al proyectar sobre una sábana blanca las historias de viajes, las aventuras en el Land Rover, el amor, la efíme-

ra e irrepetible felicidad junto a mi papá que esas fotos contenían en su transparencia encuadrada. En el relato, imagen tras imagen, sorbía las palabras buscando nuevos giros para narrar una y otra vez la una única y misma historia, buscando detalles ínfimos escondidos que la renovaran y le dieran la sensación de vivir otra vez. En esas tardes, o noches, de proyección nunca se revelaron las fotografías de La Moneda bombardeada ni, peor aún, aquellas en las que la gente de su barrio acomodado, sobre una tablada improvisada, festejaba la caída de la Unidad Popular; tal vez la misma tarde en que Salvador Allende era muerto en manos de los militares. No recuerdo la primera vez que vi esas fotos y tampoco

recuerdo nunca haber preguntado por lo querían decir esas imágenes, no me atreví y, quizás, pude intuir que se habían convertido en una suerte de memoria avergonzada y adolorida que mi madre y mi abuela ocultaban, así como las circunstancias en que envolvieron la muerte de mi papá, que nunca vi enfermo ni muerto, ni en su ataúd ni en el panteón del cementerio, ellas -o ella sola- convirtió a mi padre en un desaparecido para mí. Supongo, quiero creer, que mi madre nunca botó esas fotos porque, de alguna manera, mi padre seguía en ellas, a pesar de que ellas algún día acusarían la ignorancia -en el mejor de los casos- alienada en que vivieron una matanza de la que a nadie, nadie, salió indemne.















Ignorancia. Quizás. Incomprensión. Sí. Desde la ventana del estudio de mi abuela, que daba sobre el costado del disuelto Congreso Nacional en Santiago, las mujeres se encadenaron a las rejas de los jardines. Más que el miedo de verlas así, mientras a lo lejos se acercaban las fuerzas especiales de la policía con su caballería, sus máquinas con nombres de animales que lanzaban agua sucia, gases, golpes, seguidos de la guerrilla de “la ciudad de los fotógrafos”, más que el miedo, que ya estaba instalado, no comprendía. Arriba, desde el estudio, mi abuela con su colega, otra abogada, aullaban insultos mientras lanzaban objetos contra la policía en el imagi-

nario de que podrían ser armas eficaces contra ese ejército enloquecido de una furia inyectada. A pesar de las probables explicaciones de mi abuela, me inmovilizaba no entender por qué las mujeres se encadenaban a sí mismas para ser brutalmente golpeadas por la policía, por qué exponer –ofrecer así– el cuerpo a ese dolor físico que después mucho después pensaría se volvía tan superficial, tan de piel, cuando el dolor del alma ya no se podía soportar. Qué pena insondable sentiría el alma, Violeta. Esa imagen mental quedó registrada como una fotografía sin su epígrafe o como esos epígrafes sin fotografías, el espacio en blanco, el silencio, la ausencia, como

la mala borrachera, como una forma de sobrevivir medio atontado, mareado, asqueado, entre la violencia y la muerte, perdido entre los días que pretendían parecer normales –incluso felices– con sus calles, sus colegios, sus micros, el tránsito, el trabajo, los cada vez más grandes supermercados y los “malls”, el consumo de la gente que habitaba esos días con el sol enceguedor en el verano y el frío quebradizo en los pies en invierno, esos días, sin embargo, no eran normales –menos aún felices. Se hizo necesario, para sobrevivir, buscar un espacio preservado, lejano, aunque en el centro mismo de esa violencia, de ese dolor y de la muerte. Mi madre encontró

refugio en las fotografías de mi papá, incluso en aquellas que no podía encontrar más relato que la prueba de su existencia, imágenes que atestiguan que sí, que mi papá había sido real, no a través de su retrato, porque no lo había, sino él detrás de la cámara, como si mirada, es decir sus ojos, su mundo, su cuerpo con sus órganos y su alma, siguieran latiendo en esos negativos, diapositivas y esas fotografías de las flores de una primavera tan lejana en la casa de mi abuela. Y mi refugio fue el jardín de la casa de mi abuela, detrás de esa fachada continua de adobe, entre los árboles frutales, las flores, los peces, los gatos, mi gansa, los loros, los gallos y gallinas, el silencio

y la sombra, el sol tibio y tamizado, la bóveda verde que cubría y aislaba del mundo. Afuera, la calle, la realidad desde la que todos los días volvía mi abuela descompuesta de odio y de dolor, con un pasquín bajo el brazo y unas revistas sin fotografías, esos espacios en blanco que dije, que luego dejaba sobre su escritorio mientras, en el silencio de esas imágenes, se tomaba una cerveza para tomar impulso y seguir viviendo.



la destrucción

Al final, ese final marcado no solo por el paso del tiempo, si no por el advenimiento de un nuevo ciclo en nuestra vida política y social y por la venta obligada de la casa de mi abuela, aplastadas por la especulación inmobiliaria de las grandes torres con “amenities”, pero sobre todo por la muerte de mi abuela, tan lógica como inexplicable, su muerte y su vejez, y con ella la muerte de un país que apenas conocí o nunca conocí del todo, al final solo quedó un rastro delele, frágil e impreciso guardado en cajas viejas, llenas de polvo y moho; o alguna hoja o flor seca entre las páginas amarillentas y quebra-

dizas de un Larousse Illustré de 1923 en la biblioteca de la casa; las copas quebradas; el parquet apilado. Al momento de partir, el jardín se secó bajo los escombros de la demolición, las preguntas que habían quedado pendientes se ahogaron bajo los cerros de adobe y la huella de aquellos recuerdos escondidos en esas fotografías la cubría una arenisca ploma que no cesaba de caer del cielo que, antes, entonces, el cielo era azul con su cordillera, de verdad, majestuosa.



En Santiago casi nunca llueve y si llueve, el agua es helada y quiebra los huesos. Ese día, poco antes mudarnos, llovía. En un cuarto del fondo del jardín que mi abuela me había cedido para usar como casa de muñecas cuando era chica, pero que con el tiempo se había convertido en un cachivachero más, mi madre encontró entre los mueblecitos de cocina, las ollas y los sartenes para hombres y mujeres miniaturas, los lápices y cuadernos húmedos, las muñecas y sus vestidos tejidos o cosidos a mano, los patines sin ruedas, el computador Commodore que se conectaba a la tele, mi madre, digo, encontró las fotografías



de flores que había hecho mi papá. Se habían mojado, no ahora, sino mucho tiempo atrás era de imaginar, y se habían pegado entre sí convirtiéndose en un ladrillo, compacto, unido, una sola masa de papel. Mi madre tomó el ladrillo donde se adivinaban la fotografías y sin poder detenerse un momento a pensar, un segundo habría bastado, entró en pánico y temblando intentó separar las capas de fotografías, gritando, o llorando, o gritando y llorando a la vez, no lo puedo recordar, y mientras más las tiraba, más las desgarraba, el papel se desprendía como si fueran los pétalos de las flores y al mismo tiem-



po las flores se iban haciendo jirones, desapareciendo como papel picado y todo, todo, todo se le estaba escapando de las manos a mi madre. Al fin se detuvo.

Parece que tomó aire.

Yo también respiré.

La calma entre las tormentas, no lo pensé, no lo vi venir, porque entonces no sabía nada de tormentas, en Santiago no las hay. Luego, bajo la lluvia helada, que de helada quemaba, mi madre gritó, me gritó, me parece que ella era gigante y yo pequeña, mirándola de contrapicado si es que la podía mirar, porque quizás no la miré y es



el recuerdo el que me hace verla así, me gritó que si acaso no bastaba con haber perdido a mi padre una vez en la vida para volverlo a perder ahora, otra vez, otra vez. Arrojó el manojito de flores despedazadas entre los yuyos y el barro que se había formado mientras tanto, las arrojó al agua y la tierra empapada y, probablemente, por fin se fue.

Algunas fotografías, entonces, se empezaron a separar solas y flotaban como barquitos de papel en el río de agua que corría por el jardín destruido.



maría fernanda piderit
fernando omar piderit (†1976)

la destrucción del jardín bordado de flores

la boca, argentina, 2015

